

que si brotasen en dirección á nosotros, las marchitarían y matarían el aire y el sol del mundo. Por consiguiente, trabajad abajo en la paciencia, humildad y pobreza, porque estas virtudes son el trono de Dios en nosotros y nos aseguran en el cielo su trono de gloria.



CONFIANZA Y DESCANSO

EN SOLO DIOS

TAN bueno ha sido Dios para vosotras durante este retiro y os ha concedido gracias tan preciosas, que debéis estar satisfechas de su bondad. No sólo os ha mostrado la verdad de la santidad, sino también la de su amor á vosotras; y aunque ya es mucho el conocer la verdad de Dios, su gracia y sus derechos, el saber su amor á nosotros, que nos ama y cuánto nos ama, es conocimiento de éxtasis.

A vista de esto habéis dicho: «Yo también amaré á Dios, grande, generosa y puramente; su amor será mi vida, y mi ley será su ley de mortificación y de pureza. Más aún: este amor será la ley de mi transformación en Dios, de la deificación de mi vida, porque ya no quiero vivir en mí misma, sino que Jesús vivirá en mí, de modo que yo no seré más que su naturaleza humana, un miembro de su cuerpo, y Él será mi personalidad, mi principio viviente.

¡A mucha altura aspiráis! Y justo es que así sea, pues Dios nos predestina, no sólo á ser llamados, sino á ser hijos verdaderamente suyos, hijos de Dios,

según la frase de San Juan; y si ésta es gracia á todos concedida, ¡con cuánta mayor razón á vosotras, á quienes El ha llamado á esta vocación contemplativa, que entre todas ocupa el primer puesto y que, conforme dice el mismo nuestro Señor, constituye la mejor porción!

Pero, además, sois contemplativas y adoratrices, es decir, vivís en relación más constante, íntima y cercana con nuestro Señor; bajo su mirada y su santuario pasáis la vida, que se compone enteramente de relaciones familiares con Él, y forma un servicio doméstico respecto á su divina Persona. ¡Ah! ¡Qué indignas fuérais de esta sublime vocación si le amaseis nada más que como los que viven en el siglo! Vosotras habéis de ser como el cirio que arde, pero sin decrecer, y ese ardor vuestro debe ser más puro cada día.

Amad, pues, vivid de amor y del don de vosotras mismas: si mucho recibís, mucho se os pedirá; esperad un juicio severo al acabar vuestra vida, pues nuestro Señor tendrá que pedir os cuenta de tantas gracias, sin que ni una sola deba quedar infructuosa; de suerte que si no habéis correspondido á tanto amor como os tuvo, si sus gracias, con tanta profusión sembradas en vosotras, no produjeron fruto, pedirán venganza y, por ende, esperad un purgatorio terrible. Si no amáis puramente á nuestro Señor, seréis cruelmente castigadas, ya que tanto os ha amado. Por consiguiente, ved las gracias que os asisten, pero mirad al mismo tiempo la responsabilidad en que os colocan, y así diréis: «Quiero obrar bien, pero temo y no me atrevo á prometerme el perseverar, ni á reposar en mí misma, conociendo mi flaqueza.»

¡Pero que esto no os detenga! Dicha extremada es que no queráis descansar en vosotras; pero entonces, ¿en qué os apoyaréis para ser muy fieles? Tal es el asunto de esta meditación: estableced sólidamente el fundamento, la razón de vuestra esperanza, de vuestro apoyo, de vuestra fuerza, de vuestra confianza en solo Dios, y no en vosotras ni en las criaturas, aunque las creyeseis santos y ángeles humanos. Aun en vuestros superiores y en todos los que os ha dado Dios para conducir os, buscad enteramente á nuestro Señor y que, en último término, en El se base la confianza que pongáis en aquéllos; pues si reposáis en una criatura, cualquiera que sea, descansáis sobre una caña, nada más que en una paja.

No por la estimación de la criatura, ni acaso tampoco por la de un confesor ó de algún superior, estiméis probada vuestra virtud; pues por lo menos préstase esto á ilusión, á buscarse á sí mismo, al amor propio.

La mayor tentación para obscurecer la pureza del amor es la apariencia de santidad, porque se ama á los Santos y Santas, se quiere verlos, hablarles y recibir de ellos una expresión de santidad, y porque se cuenta con su estima, piensa uno que ya nada le queda por hacer.

¿Os pone Dios en relación con alguno de sus Santos? Una gracia es: usad de él fielmente, mientras el Señor os le deje; mas no descanséis en él, sino, al contrario, aprovechaos de ese Santo para apoyar os más en solo Dios; porque vuestra confianza en éste disminuirá si en aquél confiáis demasiado, y ya no será tan delicada sino dividida entre Dios y la criatura; en lo cual pierde Dios, porque le anteponéis

una criatura. Cuantas veces fundéis vuestro reposo en una criatura, aunque fuese un ángel en la tierra, perdéis de vista al Creador; y aunque no digo que esto sea un pecado, puede cubrir de polvo el oro de la caridad.

La suma bondad de Dios se sirve, para las almas, que son las almas de sus hijos, de tutores, de ángeles, como Rafael, que allí están para sosteneros en vuestras debilidades y conducirnos por el camino recto de la obediencia; aprovechaos perfectamente de sus auxilios, amadlos y reverenciadlos, pero amad todavía más á Dios que os los da, y sólo en Él colocad vuestro término y reposo.

Como sólo Dios juzga las almas, fuera un error el creerlas santas por el hecho de que estuviéseis bien miradas de estos Santos y el decir: «Supuesto que me aman estos Santos, estoy segura y puedo estar tranquila de que me ama Dios, suma bondad.» Confiar en esto es exponeros á engañaros, es deteneros en la criatura, y ya veréis cómo Dios se encela de ello, pues quiere enteramente solo tener nuestra confianza final y que nada se interponga entre su corazón y el vuestro; en tal caso paralizaríais su acción y su gloria.

¡Mas si es un Santo! ¡Es un ángel!—No lo dudo; pero todavía es una criatura, es un vaso que puede quebrarse; está sujeto á miseria, y Dios permitirá que ya no encontréis cerca de él lo que buscabais excesivamente; acaso llegue á carecer de luz para vuestra alma, disminuya su abnegación y cambie; se convertirá, por último, para vosotras en una prueba, acaso en una tentación, y en tentación muy penosa.

¿Qué conviene hacer entonces? Poned en solo Dios

vuestra confianza, sobre todos los hombres, ángeles y Santos y decid: «Lo que cerca de éstos no encuentro, el mismo Dios quiere dármelo.»

Quando verdaderamente no se vale uno de un Santo sino para ir á Dios, y la confianza, la mirada y el corazón están bien fijos en Dios solo, nada hay entonces más derecho: camínase con libertad é independencia, pero cuando se para uno en la criatura, se vive inquieto y turbado, pues se forma una mezcla que pone en los ojos niebla y en los pies lodo; échase todo á perder.

Experimentado habéis vosotras, como todo el mundo, que nada hace padecer tanto como una persona piadosa y discreta cuando con ella no se vive harto sobrenaturalmente.

Gloríase uno de ser amigo de un Santo, de ser dirigido por un hombre que goza de aquel concepto, y sobre esto se descansa; mas de pronto, ya porque os reprende, ya porque os abandona, lo da uno todo por perdido, atormentase y se desespera: nada de lo cual procede de Dios.

En cuanto á vosotras, que vivís en relaciones de tan íntima presencia con nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, que no suceda así; de modo que habituaos á olvidaros de las estrellas cuando os halléis en presencia del Sol, y anteponed el Señor á los servidores.

Interésase mucho nuestro Señor en que la flor y el primer movimiento de vuestra confianza sea para Él; así es que cuando, excesivamente naturales, al sentir la menor pena, en vez de acudir á Él, recurrísteis á sus servidores, pidiendo á las criaturas lo que ni tienen ni pueden dar, como no se les dé para vosotras, en vano esperaréis buscar y llamar á nues-

tro Señor en la adoración siguiente, pues os dirá: «Supuesto que no merezco vuestra confianza, id en busca de vuestro Santo, pues yo nada tengo que decir.» El amor divino es susceptible, celoso, y con su silencio se venga de vuestro olvido indelicado; nuestro Señor tiene celos del corazón que á Él se ha dado y al cual aceptó, dándose á si mismo en cambio: ¿por qué injuriar de este modo á vuestro Esposo con tener más confianza en sus servidores que en Él?

Seguramente lo habréis experimentado: cuando á los pies de nuestro Señor vuestra alma se halle impotente para decirle nada y con glacial frialdad, decidle sin temor: «¡Estoy pagando mi falta de delicadeza, pues acudí con harta prisa y sobrado naturalmente á los que nuestro Señor me dió para conducirme, y dejé pasar al servidor antes que al Dueño!»

Conque no pongáis vuestra confianza sino en nuestro Señor Jesucristo; acudid á Él en busca de gracia: ¿por qué esperarla de una criatura que no la da? La gracia viene únicamente de nuestro Señor, que la concede sólo á los que á Él se dirigen confiados y la reciben con pureza.

Sed, pues, delicadas en esta materia; dad todo el corazón á vuestro Dueño: ¿por qué no habéis de tener en él absoluta confianza? Cuando os llamó á esta vocación de adoratrices fué para que vivieseis con él, que os llamaba; por consiguiente, tenéis una gracia particular, una especie de gracia de estado para ir á Él fácilmente y vivir de Él; por lo tanto, sed enteramente de nuestro Señor por Él mismo, de Jesús por Jesús con María. Acudid á esos Santos, pero con intento de que os lleven hasta Él; á los Santos de Jesús, id por Jesús.

El cual ciertamente os confía á una dirección á que debéis obedecer, pero queda una vida del alma, de la oración y del amor en la cual quiere dominar nuestro mismo Señor; vuestra alma se halla al cuidado de Jesús, mejor que el cual nadie conoce el secreto de lo que más á ella le conviene.

En virtud de vuestra vocación, dais á Jesús vuestra personalidad para que os guíe y dirija en todo por sí mismo; y si os fundáis en vuestra gracia, acertaréis á ir hasta él, sin contentaros fuera de Él, porque toda vocación facilita y dulcifica el deber que impone; de modo que tened confianza en vuestra gracia y estad seguras de que nuestro Señor os la ha preparado de antemano, y de que ella os aguarda antes de la adoración, antes del deber, antes del sacrificio: este derecho os asiste fundado sobre su amor y llamamiento. Sabed, por lo tanto, que Él se halla en vosotras y dispuesto á escucharos y á guiaros; ¡pero pedídselo, dirigíos á Él, tened en Él confianza!

¡Confiad, pues, en su amor! Nuestro Señor os ama con amor constante, con amor infinito, con amor eucarístico, con amor de vocación, y nada puede rehusaros de cuanto se refiera á este amor.

Si con puro amor amáis, como cumple á vuestro deber y á vuestra gracia, y en todas vuestras necesidades os dirigís á nuestro Señor, diciéndole: «¡Dios mío y Señor mío, no os pido este amor y esta gracia sino para mejor servirlos; no por mí, sino por Vos ¡oh mi único Dueño!» entonces nuestro Señor, conmovido por ver que sólo á Él y su mejor servicio queréis, nada podrá negaros.

Rogándole de este modo le agradáis, le glorificáis y complacéis al Padre celestial, que tiene dicho:

¡Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia; escuchadle!

Y cuanto más grandes sean vuestro amor y confianza, de mayor fuerza dispondréis para con el corazón de Dios.—Ahí está nuestro Señor, que va á llamar para entrar; mas no esperéis á que esto se efectúe, sino salid á su encueuro, y anticipaos á él por medio de vuestra confianza: ¡todo esto constituye las verdaderas relaciones del amor!

Acostumbraos á obrar de esta manera, y cuanto más confianza tengáis, más crecerá, pues todo hábito se desarrolla y hace más expedito por la repetición de sus actos; de modo que tanto más amable se os presenta el sacrificio, cuanto más sacrificios hagáis; agregáis una gracia á la que ya teníais, y unas á otras se van añadiendo hasta componer una malla que nada puede romper, un lazo de amor que ya no puede cortarse.

Entonces diréis con San Pablo: «Todo lo puedo en Aquél que me conforta,» y os animaréis á realizar por amor grandes cosas, porque San Pablo dice en otra parte: El amor de Dios me urge, me atormenta, me abrasa. No parece sino que dice que el amor es una prensa. ¡Pues bien! Sí; no desconozcáis que el amor prueba y nos exprime por completo para hacernos entrar en Jesús, como la muela que tritura y mezcla juntamente muchas especies de granos, sin que de todos ellos haga salir más que un solo licor.

Hasta en vuestros desalientos, cuando vuestro cuerpo ó vuestro espíritu está reducido á impotencia y se niega á ayudaros, confiad en Jesús y decidle: «¡No sobre mí, sino en Vos descanso ¡oh Dios mío!; si queréis ayudarme, todo lo puedo en Vos, y aunque yo nada tengo, ni puedo hacer casi nada,

voy á dar principio y Vos acabaréis!» Comenzad entonces; haced lo poco que podáis, y Dios, suma bondad, se encargará de lo restante.

Dios, bondad infinita, se complace en multiplicar las dificultades, detiene, clava en la impotencia; se quisiera y no se puede; es una agonía, y decís: «¡No, jamás podré subir hasta Dios!» Pero orando é invocando dais un paso, y Dios viene entonces, os da las alas de amor, y al punto os asombráis de veros volar en la libertad y en la gracia.

Ea, pues, tenéis á nuestro Señor — ¡Llegaos á él con confianza, ejercitaos en la confianza; tened siempre en él confianza, y desconfiad de vosotras, que es lo que por hoy os deseo, y para siempre!

FIN DE LA OBRA